


SERIE DE GRUPOS PEQUEÑOS  
DE ENERO Y FEBRERO



*¿Quién decís  
que soy Yo?*

SEGÚN LOS EVANGELIOS



# SESIÓN 1: EL CORDERO DE DIOS

*El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1:29).*

Bienvenidos a nuestra primera conversación de grupos pequeños de 2021. Durante enero y febrero, continuaremos respondiendo a la pregunta de Jesús: *¿Quién decís que soy yo?* Esperamos que estas sesiones continúen el camino que comenzamos durante nuestros servicios en los últimos meses y ayuden a profundizar nuestra comprensión de Jesucristo.

El versículo de la Biblia que leímos fue la profesión de Juan el Bautista cuando vio a Jesús acercarse. Quería que la gente que estaba allí con él contemplara, viera, al **Cordero de Dios**. ¿Qué significaba eso? Percibió a Jesús como el cordero de sacrificio que podía resolver el problema del pecado, no solo para el pueblo judío, sino para el mundo entero. Reconoció a Jesús como Aquel a quien señalaba el Antiguo Testamento. Entonces, para profundizar nuestro entendimiento al reconocer a Jesús como el Cordero de Dios, echemos un vistazo rápido al Antiguo Testamento.

Cuando miramos la Biblia en su totalidad, es sorprendente cómo el Antiguo Testamento se conecta con el Nuevo Testamento y la frecuencia con la que alude a la vida y el sacrificio de Jesús. Un ejemplo de esto es la Fiesta de la Pascua y la Última Cena. Quizás ya sepamos que cuando Jesús y Sus discípulos se reunieron en la Última Cena, estaban juntos para celebrar la Pascua. Sin embargo, es más que solo una coincidencia que la Última Cena sucediera durante la Pascua. Podemos mirar atrás hasta Éxodo 12, cuando se instituyó la fiesta de la Pascua, para ver cómo ese momento fue un presagio de lo que Jesús haría por toda la humanidad.

La Pascua se estableció por primera vez antes de que los israelitas huyeran de Egipto para escapar de la esclavitud, como podemos leer en Éxodo 12:11. Aquí, el Señor declara que la cena de Pascua debía comerse apresuradamente y con todas sus cosas listas para que pudieran salir de Egipto rápidamente. Después de esta Fiesta de Pascua inicial, cuando los israelitas salieron de Egipto, la Pascua se celebró todos los años como un recuerdo de su libertad y todavía hoy la celebran los judíos.

La primera y la última parte de Éxodo 12 son las instrucciones de Dios a Moisés y Aarón sobre cómo celebrar la cena de Pascua. Sus instrucciones específicas son las que revelan las conexiones con Su Hijo, quien vendría a la tierra muchos años después para dar Su vida por nuestros pecados.

En Éxodo 12:3-4, el Señor instruye a Moisés y Aarón para que les digan a los israelitas: *«En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. Mas si la familia fuere tan pequeña que no baste para comer el cordero, entonces él y su vecino inmediato a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre, haréis la cuenta sobre el cordero»*. De estos versículos, podemos ver que al cordero se le da un gran significado; debe ser compartido como la parte principal de la fiesta de Pascua entre muchas personas. Podemos establecer un paralelo entre este cordero pascual y Jesús como el *nuevo* Cordero pascual. A menudo se hace referencia a Jesús como el Cordero de Dios, como se ve en Juan 1:29, y también como «nuestra Pascua» por Pablo en 1 Corintios 5:7. ¿Por qué se le aplica la imagen de un cordero a Jesús? El animal no solo representa la mansedumbre de Cristo, sino que, así como el pueblo judío traía un cordero al sacerdote como expiación por su pecado, Jesús fue llevado ante Dios como un sacrificio por el pecado del hombre. Sin embargo, una diferencia es que mientras que el sacrificio de los judíos se repitió, el sacrificio de Jesús fue una vez y durará para siempre. Se nos recuerda esto cada vez que celebramos la Santa Cena y escuchamos estas palabras durante la consagración, *«el una vez traído y eternamente valedero sacrificio de Jesucristo»*.

Los versículos de Éxodo también se enfocan en compartir el cordero. El cordero no está destinado a unas pocas personas, está destinado a ser dividido por muchos, incluso para compartirlo con la familia del prójimo. Esto es cierto de Jesús como el Cordero del sacrificio. No murió por los pecados de una persona, sino por los pecados *de todas las personas en todos los tiempos*.

Isaías también pinta una imagen contundente del sacrificio del Mesías, consolidando aún más a Jesús como el Cordero de Dios: «*Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció*» (Isaías 53:7). Jesús es el Cordero de Dios, porque es tanto el sacrificio presentado a Dios, como el sacrificio provisto por Dios, quitando el pecado del mundo y asumiéndolo solo. Hay referencias adicionales en la Biblia que nos muestran que Jesús es de hecho el Cordero de Dios y te animamos a buscar estos pasajes Bíblicos en tu conversación para continuar profundizando tu comprensión sobre quién es Jesús. Cuanto mejor lo conocemos, más nos maravillamos de la asombrosa gracia y amor de nuestro Dios, y mayor será nuestro deseo de llegar a ser quienes Él nos ha creado para ser.

Jesús es el Cordero de Dios que dio Su vida para darnos vida. He aquí el Cordero de Dios.

## SESIÓN 2: NUESTRO SALVADOR

*Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo (Juan 4:40-42).*

En nuestra sesión de hoy, respondemos a la pregunta de quién es Jesús con la respuesta: **Jesús es nuestro Salvador**. *Salvador* es un nombre para Jesús que significa: *Él salva a Su pueblo del pecado*. Es por eso que el plan de Dios de venir y morar entre nosotros se hizo realidad. Recuerda lo que el ángel le dijo a José sobre el embarazo de María: «*Y dará a luz un Hijo, y llamarás Su nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados*» (Mateo 1:21). Y luego recuerda el mensaje de los ángeles a los pastores en Lucas 2:11: «*que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor*». Esta gran noticia anunciada hace tanto tiempo debería continuar facilitando sentimientos de gozo increíble en nuestro corazón porque cada uno de nosotros es un pecador que necesita a un Salvador. Todos hemos pecado, somos insuficientes para la gloria de Dios (Romanos 3:23) y ninguno de nosotros puede salvarse a sí mismos. Un Salvador nacido para todos los que lo aceptan con fe. ¿Comprendemos por qué necesitamos a un Salvador? ¿Nuestros corazones están llenos de gozo y paz porque sabemos que tenemos a un Salvador?

Es tan importante que reconozcamos nuestra necesidad y que Jesús es nuestro Salvador. Pero es posible, incluso después de conocer a Jesús y conocer nuestra propia pecaminosidad, que no lo reconozcamos como nuestro Salvador. El pasaje de la Biblia que escuchamos al comienzo de esta sesión proviene de la conclusión de la experiencia de Jesús con la mujer samaritana. Jesús se encontró con ella a solas junto al pozo, y durante su conversación, ella reconoció que había algo diferente en Él. Era un judío hablando con una mujer samaritana. Llegó al pozo sin balde para sacar agua y le pidió de beber. Jesús le reveló detalles íntimos sobre su vida. Y a pesar de que Jesús le dijo claramente que Él era el Cristo, ella todavía estaba insegura. Cuando regresó a su aldea y habló con la gente acerca de Él, se preguntó: «¿No será este el Cristo?». Se había encontrado cara a cara con el Salvador y luchó por reconocerlo plenamente. Jesús le habló de su lucha por reconocerlo. En Juan 4:10 leemos: «*Respondió Jesús y le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’; tú le pedirías, y él te daría agua viva”*». Es posible acercarse al Señor y no reconocerlo, ni a Él y ni a los

dones que quiere compartir. Aquellos que reconocen y creen en Jesucristo como el Salvador reciben el don que satisface el deseo del alma, el Espíritu de Dios. ¿Cómo ha cambiado tu vida al reconocer el don de Dios en Jesucristo, tu Salvador? ¿Qué efecto ha tenido el «agua viva» en ti?

Incluso con su falta de comprensión, muchos creyeron en Jesús después de escuchar su testimonio. Muchos samaritanos buscaron a Jesús y pasaron dos días con Él. El resultado de escuchar a Jesús fue su proclamación de que Él es verdaderamente *el Cristo, el Salvador del mundo*. Sería una experiencia increíble para nosotros si pudiéramos encontrarnos con Jesús cara a cara hoy y escucharlo hablar. Podemos vivir Su voz en la Palabra divina y el sacramento y podemos convencernos una y otra vez de que Él es verdaderamente nuestro Salvador.

Nuestro Salvador, Jesucristo, nos salva de nuestro pecado. Para algunos, esto podría ser una decepción porque hay muchas otras cosas que nos hacen luchar. A menudo escuchamos acerca de cómo el dominio romano sobre el pueblo judío es de lo que esperaban ser salvados. Cuán decepcionados pueden haber estado algunos de que Jesús no vino a liberarlos del gobierno de Roma. Cuán decepcionados pueden haberse sentido algunos cuando se dieron cuenta de que el Salvador no solo vino para liberar al devoto pueblo judío, sino también a los samaritanos y otros gentiles. ¿Estamos decepcionados hoy de que Jesús nos salve de nuestro pecado y no de algunas de nuestras luchas terrenales? ¿Estamos decepcionados cuando vemos que alguien que no es como nosotros acepta la invitación del evangelio? Recuerda lo que Jesús le dijo a la mujer samaritana sobre el agua viva. Mediante la fe en Él, Él no solo nos salva de la trampa del pecado, sino que también comparte con nosotros esa agua viva que obra para sostener, empoderar, equipar y edificar. A través de los increíbles dones que nos ha dado nuestro Padre celestial, recibimos lo que necesitamos para superar nuestras luchas. Solo tenemos que reconocer lo que Él ha compartido con nosotros e involucrar a Su Espíritu para poner estos dones en acción.

¡Jesús es nuestro Salvador! Debido a esto, tenemos motivos todos los días para celebrarlo, crecer a Su semejanza y dar gloria a Dios.

### SESIÓN 3: EL COMPASIVO

Bienvenidos a nuestra tercera conversación en grupos pequeños de esta serie. En las dos primeras sesiones de este mes, analizamos dos respuestas diferentes a la pregunta de Jesús, *¿Quién decís que soy yo?* —Tú, Señor, eres el Cordero de Dios y Tú eres nuestro Salvador. Jesús dio Su vida en la cruz para salvarnos de nuestros pecados y darnos esperanza por la vida eterna. En esta sesión, profundizaremos en un aspecto de la naturaleza de Jesús que lo *llevó* a la cruz: **Su compasión**.

Una definición de compasión es «conciencia compasiva de la angustia de los demás junto con el deseo de aliviarla». Nota que la compasión no es solo compadecer o tener lástima. La verdadera compasión combina el reconocimiento y el interés con la ayuda. Jesucristo es el ejemplo más grande de alguien que muestra verdadera compasión. Él no solo nos ve en nuestro sufrimiento y siente lástima por nosotros, Él alivia nuestro sufrimiento. La compasión de Cristo siempre *lleva* a algo.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se describe a Jesús como quien es **lleno de compasión** (Salmo 116: 5, Santiago 5:11). Podemos encontrar evidencia de esta verdad en todo el Nuevo Testamento. Para este grupo pequeño, nos enfocaremos en Su ejemplo de compasión que se encuentra en Mateo 9:35-37:

*Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos.*

El versículo treinta y cinco destaca el alcance de la compasión de Jesús, mostrada a través de su enseñanza, prédica y sanación. Solo en el capítulo noveno de Mateo, hay siete ejemplos en los que Jesús mostró compasión hacia los necesitados. En el versículo dos, Jesús sana a un parálítico y le perdona sus pecados. En el versículo diez, encontramos a Jesús comiendo, y presumiblemente predicando y enseñando, en una mesa llena de recaudadores de impuestos y pecadores. En el versículo veintidós, Jesús sana a la mujer que había tenido un flujo de sangre durante doce años. En el versículo veinticinco, resucita a la hija de un principal llamado Jairo. En el versículo veintinueve, da la vista a los ciegos. Y, en el versículo treinta y tres, sana a un hombre mudo y endemoniado. En cada uno de estos ejemplos, observa que la compasión de Jesús conduce a la acción.

Sin embargo, hay una diferencia entre estos ejemplos y el séptimo ejemplo de compasión delineado específicamente en el versículo treinta y seis. En los ejemplos anteriores, Jesús sana varias condiciones físicas: ceguera, inmovilidad, mudez e incluso la muerte. En el versículo treinta y seis, la preocupación de Jesús es por algo mucho mayor: el estado del alma. Aquí, Cristo *tuvo compasión* porque la multitud no tenía pastor. Los escribas, fariseos y líderes religiosos no estaban proporcionando lo que se necesitaba para sus almas, por lo que la multitud estaba desamparada, dispersa y con salud espiritual pobre. Esta fue la mayor preocupación de Jesús y la fuente más profunda de Su compasión.

La acción que resulta de la compasión de Jesús hacia esta gran multitud, y de Su preocupación por que haya mucha mies pero pocos obreros, se puede encontrar en el versículo treinta y ocho: *«Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies»*.

Aquí, la compasión de Jesús lleva a un llamado a la oración. Él ve que hay una gran necesidad de pastores, aquellos que puedan guiar y liderar a las personas espiritualmente, y por eso instruye a Sus discípulos a orar fervientemente para que Dios satisfaga esta necesidad. ¡Qué hermoso ejemplo de compasión nos da el Señor Jesús!

Como discípulos de Jesús actualmente, es importante que hagamos una pausa y consideremos nuestra propia compasión. ¿Nuestra compasión es un reflejo de la compasión de Cristo? ¿No solo reconocemos la necesidad y el sufrimiento, sino que también buscamos aliviarlos? La compasión es una verdadera marca del carácter cristiano. Ciertamente, no podemos sanar como Cristo sanó, o enseñar como Cristo enseñó. Solo Él puede aliviar completamente el sufrimiento y solo Él tiene palabras de vida que realmente pueden satisfacer el alma. Sin embargo, hay mucho que *podemos* hacer. Una palabra o un gesto bondadoso y sanador pueden contribuir en gran medida a aliviar el sufrimiento. Tomarse un tiempo para escuchar a alguien o simplemente estar con ellos también puede tener un impacto considerable. Y, como Cristo nos mostró claramente, también puede hacerlo la oración. A menudo pensamos que se necesita o se requiere un gran gesto, cuando lo que Cristo realmente nos llama a hacer es orar.

En este Año Nuevo, que el Señor abra cada vez más nuestros ojos y corazones a las necesidades y el sufrimiento de los demás, y que estemos llenos de la compasión de Jesús.

## SESIÓN 4: UN SIERVO HUMILDE

¡Hola! Y bienvenidos a nuestra cuarta sesión de la serie, *¿Quién decís que soy yo?* En la sesión de hoy, profundizaremos en la historia de cuando Jesús lavó los pies de Sus discípulos, y veremos qué podemos aprender de Él como Sus discípulos hoy.

La vida terrenal de Jesús se caracterizó por Su amor desinteresado, y una de las expresiones de este amor, fue **Su servicio**. Sirvió a Su Padre y a las personas con las que compartía la vida y, a través de Su ejemplo, también nos enseñó cómo podemos mostrar nuestro amor por Él y por nuestro prójimo.

Durante Su obra en la tierra, Jesús instruyó repetidamente a Sus discípulos que el servicio desinteresado y la humildad son las maneras de Su reino. Esta fue también una de Sus últimas enseñanzas, cuando se reunió con Sus discípulos antes de la fiesta de la Pascua para la última cena que tendría con ellos.

En el capítulo 13 del Evangelio de Juan, podemos leer sobre este relato, que comienza con una breve introducción de que ha llegado la hora de Jesús, enfatizando Su amor por Sus discípulos: *«Sabiedo Jesús que Su hora había llegado [...] como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»* (Juan 13:1). Jesús, consciente de que ha llegado la «hora» en que volvería al Padre y sería traicionado por uno de Sus amigos, realiza un acto solemne y deliberado: lavar los pies de los doce.

En la época de Jesús, cuando un invitado llegaba a la cena, era común que el anfitrión proporcionara agua para que pudieran lavarse las manos o los pies, o que alguien más los lavara. Lavar los pies de los invitados no solo se hacía con fines higiénicos, sino que también era un reconocimiento simbólico de honor y posición social. Como regla general, esta tarea se asignaba a un esclavo o a un siervo. Además, el lavado de pies se hacía normalmente antes de la cena. Sin embargo, parece que Jesús les lava los pies a los discípulos después de que había comenzado la cena, como podemos leer en Juan 13:3-5: *«Sabiedo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido»*.

El hecho de que Jesús realizara este acto en un momento inesperado sirvió para resaltar la importancia del acto mismo; esta enseñanza era fundamental para una vida de discipulado. Además, el servicio de Jesús en este evento se enfatiza por el hecho de que Él mismo se *ciñó*. Esto es lo que solían hacer los siervos y esclavos en esos tiempos. Sin embargo, cuando Jesús comparte Su reflexión sobre lo que ha hecho, se llama a sí mismo «Señor y Maestro», como leemos en los versículos 14 y 15: *«Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis»*.

Aunque lava los pies de los discípulos, sigue siendo su Señor y Maestro. En este sentido, nada ha cambiado. Sin embargo, Jesús no estaba promoviendo Su estatus por encima del de ellos. Más bien, Él está expresando Su señorío en Su servicio auto-degradante y demostrando que el grado de amor al que Él nos llama se manifiesta en el servicio a nuestro prójimo.

El llamado a servir al que el Señor nos dirige a cada uno de nosotros, no significa que debemos modificar nuestras ocupaciones, profesiones o roles en la sociedad. Tampoco significa que debemos cambiar nuestra personalidad o quiénes somos. Más bien, Él nos llama, independientemente de nuestro estatus o posición, a demostrar nuestro amor hacia nuestro prójimo mediante un servicio humilde, velando genuinamente por el bienestar de los demás.

Pablo nos recuerda que esta instrucción de Jesucristo para Sus discípulos todavía se aplica a nosotros actualmente: «[...] *no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás. La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos*» (Filipenses 2: 4-7 NVI).

Esta mentalidad de Jesús es la forma en que Él espera e instruye explícitamente a Sus discípulos de todos los tiempos que alineen sus vidas. Jesucristo, el Hijo de Dios, condescendió por amor a nosotros. Poseía toda la autoridad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18) y, sin embargo, se hizo Hombre, rebajándose para servir a todos.

Dios ha predestinado que a todos los que antes conoció, «[...] *fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Romanos 8:29). Es Su voluntad que todos Sus hijos desarrollen un corazón de siervo, como el de nuestro Señor y Maestro.

## SESIÓN 5: LA VID VERDADERA

Bienvenidos nuevamente. Para continuar nuestra serie de exploración de quién es Jesús, esta sesión analizará una de Sus siete declaraciones «Yo soy»: «Yo soy **la vid verdadera** [...]».

Cuando el ministerio público de Jesús estaba terminando, Él reúne a Sus discípulos íntimos alrededor de una cena y se dirige a ellos en lo que comúnmente se conoce como Su «discurso de despedida», que se encuentra en los capítulos 13-17 de Juan. En el discurso de despedida, Jesús no solo aborda las preguntas y los temores que tenían sobre Su muerte inminente, sino que también les instruye a mantener el rumbo, lo que implica permanecer en Él. En Juan, capítulo 15, versículos 1 al 4, leemos: «*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí*».

Este lenguaje de la vid y los pámpanos está ligado a Israel como la viña desolada sobre la que podemos leer en el Antiguo Testamento. Isaías 5:1-7 identifica a Israel como una viña bien cuidada por Dios y, en consecuencia, se espera que dé mucho fruto. En lugar de estar a la altura del plan de Dios, Israel da malos frutos. De Isaías 5:4: «*¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?*», y continuando con el versículo 7: «*Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor*».

Con esta declaración, Jesús afirma que Él es el nuevo Israel y que está redimiendo su historia y cumpliendo el destino de Israel, el destino del pueblo de Dios. Jesús trae consigo la posibilidad de una vida floreciente y fructífera, en contraste con Israel, quien originalmente se había secado y no ofrecía nada a la vid.

Jesús reitera que Él es la vid con la instrucción de permanecer en Él, en Juan 15:5, agregando que: «[...] *porque separados de mí nada podéis hacer*». Entonces, ¿qué significa permanecer? Aunque la palabra «permanecer» se usa diez veces en los primeros diez versículos de Juan 15, no es necesariamente una palabra que se use mucho en la conversación moderna. Podemos pensar en «permanecer bajo las leyes», que, en ese contexto, significa obedecer o permanecer dentro de un sistema establecido. Esto es cierto, y Jesús está instruyendo a Sus discípulos a obedecer lo que Él les ha enseñado, pero también los está llevando más allá para invitarlos a una comprensión más profunda de lo que significa

«permanecer». Jesús los está invitando no solo a seguir las leyes, sino a perseverar, permanecer, morar y estar presentes. Simplemente a *estar* con Él y continuar en Sus enseñanzas. A permanecer íntimamente conectados, como los pámpanos están conectados a la vid.

Varios versículos de este pasaje brindan pistas sobre cómo mantenerse conectados, cómo «permanecer en Él». El versículo 7 explica: «*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros*». Por tanto, debemos dejar que las palabras de Cristo moren en nosotros. Debemos tener el deseo de toda la vida de conocer y comprender cada vez más las palabras de Cristo: lo que dijo y por qué lo dijo. Por supuesto, ser cristiano no se trata solo de conocer frases históricas; necesitamos aplicar las instrucciones y palabras de Cristo a nuestras vidas. Esto nos lleva a la siguiente pista sobre cómo «permanecer en Él», que se encuentra en el versículo 10: «*Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*». Permanecer en Él significa que conocemos y permitimos que las palabras de Cristo, y la motivación de amor, den forma a nuestra visión del mundo y a nuestras decisiones en cada área de nuestra vida. El discipulado y la obediencia a Dios verdaderamente se convierten en nuestro estilo de vida.

Jesús también explica en este pasaje que el resultado y la evidencia de permanecer verdaderamente en Él es que producimos fruto. Solo podemos producir fruto, el verdadero fruto que importa, cuando estamos conectados con Él como la verdadera vid. Ser un pámpano en la vid significa que estamos unidos a Cristo. Al permanecer en Él, Su vida fluye a través de nosotros y produce frutos, lo que nos hace reconocer que no podemos producir nada que valga la pena por nosotros mismos. Recuerda el versículo 5: «*porque separados de mí nada podéis hacer*». Ser un discípulo que glorifica a Dios no se trata solo de «hacer» cosas cristianas, sino más bien de «estar» o permanecer en Cristo. No es nuestra responsabilidad preocuparnos por la cosecha, Dios es responsable del resultado. Estamos llamados simplemente a permanecer en Él. Cuando permanecemos en Cristo, como pámpanos, estamos conectados a la Vid verdadera para que el Padre, como viñador y jardinero, pueda producir en nosotros el fruto que Él desea.

## SESIÓN 6: EL BUEN PASTOR

Bienvenidos a la última sesión de nuestra serie actual: *¿Quién decís que soy yo?* Hoy vamos a explorar a Jesús como el Buen Pastor, mencionado en Juan 10. Comencemos con las palabras de Jesús: «*Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatá las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor*» (Juan 10:11-16).

¿Qué significa que Jesús es el Buen Pastor? Hay algunos puntos relevantes en los versículos que acabamos de leer. Primero, *su vida da por las ovejas*. Este es un acto de amor, porque Jesús lo hace con tanta voluntad. Es una predicción de Su muerte de sacrificio en la cruz. Un asalariado huye cuando hay peligro o riesgo, pero el pastor está dispuesto a correr riesgos por los que están a su cargo, incluso hasta la muerte.

En segundo lugar, Él conoce a Sus ovejas, está *atento* y es compasivo con todas. Y Él es conocido por sus ovejas. Jesús es *accesible* para quienes lo siguen. Esto no es solo un conocimiento pasajero, sino una relación profunda y duradera, como Jesús compara nuestra relación con Él a Su relación con Su Padre. Finalmente, *habrá un rebaño y un pastor*. Jesús murió por todas, llama a cada una (*oirán mi voz*), y reúne a todas para Sí mismo (*aquellas también debo traer*).

También podemos mirar el Salmo 23 para ver qué clase de Pastor es Jesús: *Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida. Y en la casa de Jehová moraré por largos días.*

Este pasaje es bien conocido, pero a veces mal entendido. *Nada me faltará...* quizás hemos pensado que esto significa que Jesús nos da todo lo que necesitamos o queremos. Creemos que esto no es lo que dice el salmista. Quizás la adición de una palabra podría dar algo de claridad: **Porque Jehová es mi pastor; nada me faltará.** En lugar de hablar de gratificación, habla de contentamiento, confianza y satisfacción por lo que el Señor proporciona; además, no queriendo más de lo que Él da.

Sus ovejas están bien ubicadas; *en delicados pastos y junto a aguas de reposo.* Podemos estar satisfechos con lo que nuestro Pastor provee y vivir con gratitud en Su provisión. Las ovejas están bien guiadas; *junto a aguas de reposo me pastoreará... y ...por sendas de justicia.* Sin embargo, para llegar a estas cosas buenas, las ovejas deben seguirle; deben mirar al Pastor y permitirle que les guíe a través de Su palabra y dirección. Además, podemos entender que ser guiados por *sendas de justicia significa* que lo que el Señor decide es correcto y bueno para nosotros; es el camino correcto.

La presencia del Pastor da fuerza y aliento. *Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.* La vara y el cayado se refieren al cayado del pastor, por debajo del cual pasaban las ovejas para ser contadas o con el cual se ahuyentaba cualquier cosa dañina.

*Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores...* Nuestro Pastor provee, incluso en medio de nuestros enemigos. ¿Quiénes son nuestros enemigos? Quizás en los últimos meses hemos luchado contra muchos: el virus, la incertidumbre, el duelo, el desempleo, la soledad. Sin embargo, Cristo provee abundantemente, como expresa el salmista... *mi copa está rebosando.* ¿Cómo provee? Cuando vemos al Señor como nuestro Pastor, vemos nuestras vidas con una perspectiva diferente. El último versículo del Salmo nos da una ilustración de lo que esta oración ha hecho por su escritor; le ha dado esperanza, consuelo, gozo y valor. *Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida.* Después de momentos de reflexión y conversación con su Buen Pastor, se fortalece y decide permanecer para siempre con Él.

**¿Qué significa esto para nosotros?** Primero, podemos descansar en el conocimiento de que nada puede separarnos del amor y cuidado de Jesucristo, nuestro Pastor. En segundo lugar, como el salmista, podemos dedicar tiempo a conocer mejor al Buen Pastor: a través de las Escrituras, a través de la oración, a través de la palabra predicada, a través de una reflexión silenciosa y a través de la confraternidad entre nosotros. Claramente, no podemos ser pastores como lo es Jesús, pero podemos aprender a imitar Su carácter de Buen Pastor. Podemos hacer que estemos *atentos* y *accesibles* para quienes nos rodean. No debemos actuar como el asalariado que huye, sino aceptar la responsabilidad que tenemos con quienes nos rodean; cuidar, proteger, elevar y dar de nosotros mismos por ellos (1 Juan 3:16, Juan 15:13). Cuando pensamos en nuestro Buen Pastor y aprendemos de Él, viviremos con humildad, con gratitud, con corazones abiertos, con una mentalidad que incluye a los demás y con una generosidad sin límites.

Esperamos que estos dos últimos meses te hayan abierto un nuevo entendimiento de Jesucristo que te cambiará y te fortalecerá en el año que tenemos delante nuestro.